

—¡Ah! y lo negás. Lo negás, verdad?
 —¡Claro que lo niego! No seas bruto.
 —Bruto? Lo negás?... Fijate que estamos a medio estero y ya comienza la vaciante... La vaciante... A esta hora vienen los narizones a esperar el pescado.

A ella le dolió el corazón como si lo hubiese cogido un anzuelo y miró al hombre por encima del cargamento. Con una gran angustia en la voz y en los ojos le gritó:

—¿Qué vas a hacer... Qué vas a hacer?
 —¿Qué voy a hacer?... Ahora lo verás. ¡Que venga Pancho!

Y al decir esto se incorporó agarrándose de la borda y dándole fuertes sacudidas a la lancha.

—¡La vas a voltear! gritó ella. ¡La vas a voltear!

—Claro que la voy a voltear!—contestó enronquecido.

Y de un violento esfuerzo se fué ladeando la lancha en medio de los gritos de ella. Todo se fué al agua. El se reía. Ella se tiró al nado. La embarcación quedó flotando con la panza hacia arriba como un lagarto muerto.

Ella buscaba la orilla. El le gritaba:
 —¡Esperame! ¡Esperame! ¡Si son mentiras!
 Ella siguió nadando con el terror en el rostro. De repente se hundió con violencia. Se vió

Bajo la lluvia

Del aguacero iba quedando una llovizna. Afuera se oía el atronador esfuerzo del agua llevándose árboles y cadáveres de reses. Siete días de agua recia. ¡Al diablo con toda la plantación!

Ramón Maradiaga estaba seguro de la pérdida. Imposible salvarse. Todo este tiempo ha pasado sin pensar nada, sin esperanza de rescatar algo.

Esto no es fácil para un hombre educado en la Universidad entre los libros y metáforas, con linos temblones y uñas limpias. Esta atmósfera brutal de la edad de piedra con la plata enterrada como mazamorra, está buena para los ciudadanos que pagan los impuestos y laboran por la felicidad de la patria. Los mismos que oyen los discursos y los consejos, pero no para el que los ha dicho desde las tribunas cosechando aplausos y no algodón. Esto es de verdad. No como los versos bucólicos y las descripciones campesinas y las maravillas literarias.

Ahora está oscuro y sólo los cocuyos juegan al escondite con las pupilas. Deben ser las siete. Ramón Maradiaga frotó un fósforo para buscar la lámpara de querosene y cerró los ojos del destello. Huele a humedad. Afuera los grillos y las ranas ponen en la selva el mismo concierto de hace miles de años, dejando una melancolía rabiosa y desordenada.

La gente de aquí está acostumbrada a todo. Con un poquito de selva el hombre torna a la animalidad. No hay más que empujarlo.

Al principio es difícil entender a esta gente pero con dos meses va entrándose. Sobre todo cuando se tiene un poco de paciencia y algún dinero en peligro. Recuerda; siempre recuerda cuando enciende la luz porque es símbolo de meditación y la primera señal de cultura que dió el hombre. Recuerda las primeras dificultades con estos indios ladinos, cuando uno de ellos lo dejó sin un sólo peón en los arados. Le estaban robando en sus propias barbas y se enfureció de tal manera que lo puso nockout delante de todos. Nadie dijo nada, pero al día siguiente los bueyes no amanecieron en los potteros.

Fué entonces cuando se arrepintió de haberse metido a productor destripando terrones como cualquier pobre diablo, mientras sus compañeros universitarios tomaban whisky en los hoteles de

un remolinear de aguas y unas veloces aletas cortando la superficie.

El siguió gritando: ¡Esperame! ¡Esperame!... Y su llanto de borracho se fué como liviana cáscara arrastrado por la marea.

la ciudad y ejercían su profesión a la sombra del gobierno, con plata fácil y suaves perfumes de hembras civilizadas.

Lo de aquí es completamente distinto. Esto es lo que se llama en moral un acto heroico. Sólo el hecho de tratar con esta gente es mil veces más heroico que el atropello de un soldado, porque éste está poseído de locura guerrera y el otro de cordura resistente. Además, aquí hay mala comida, mosquitos, amibas y soledad. Una terrible soledad entre los árboles para largos días. Se siente cuando esta pobre gente habla y se une para ser enemiga. Todos son enemigos. Pero en fin, es la raza que se está vengando de un descendiente de aquel Capitán Maradiaga o cualquier otro de nombre de fuste.

Alguno de sus abuelos hizo una parrilla de cardenales con el azote sobre la espalda de alguno de los abuelos de sus peones. Tal vez por una mala cara o porque cayó rendido de cansancio en las encomiendas. Todo se paga. Puede ser también que alguno de ellos sea pariente suyo. No se sabe.

De todas maneras, ahora está pensando de diferente modo que en los largos corredores, bajo otra lluvia en la ciudad y frente a otros árboles civilizados, recortaditos y podados científicamente, plantados en orden. Piensa que los hombres más funestas para el porvenir de Hispanoamérica han sido el Padre Las Casas y otros locos que nunca supieron batir el cobre como lo está haciendo ahora éste que enterró la teoría para siempre. Sin los esclavos, sus abuelos no hubieran hecho la Catedral de León, ni la Parroquia de Subtiaba, ni el puente de Guadalupe que son obras de verdad. Nada de hierro o cemento sino que sillares de alto abolengo y cal. Con huevo, como simbólicamente dicen...

Bueno... pero no sólo de meditaciones vive un hombre. Se le adormecen de tedio los párpados, hay un pretexto para beberse esa media de ron. La lluvia va calmando. Aquí no hay aceras ni paraguas, sino que barro, cañadas y zancudos. Hay un retorno a los árboles, a los animales y a la tierra. La potencia de la raza ha vuelto con la noche...

Llamó a la criada. Un poco de agua para este ron que es lo único que queda.

El estaba sentado en la poltrona con los pies

sobre la mesa. La sombra del zapato se proyectaba gigantescamente en la pared. Para un hombre delicado esto era asqueroso. Estaba tornando a la animalidad. De nada le servían los diálogos de Platón que había traído para meditar, ni la Vida de Goethe para distraerse, ni el Diario Intimo de Amiel para consolarse.

La criada entró. Era una muchacha recién llegada color de hoja de trigo en el verano. La dócil zaraza de su vestido se curvaba sobre sus muslos de cobre. Tenía un nombre bíblico: Rebeca. Se oyó el rumor de sus pasos. El no se movió siquiera pero adivinó el cuerpo nuevo en la obscuridad como una ráfaga de vida.

—Traeme un poco de agua, dijo:

Cuando se alejó, él se quedó pensando en la tragedia de esto: en su propia cara quemada por el sol, en sus brazos picados de mosquitos.

—No hay duda—pensó—es la raza que se está vengando.

Las mariposas nocturnas revoloteaban al rededor de la lámpara. Oyó los leves pasos y volvió la mirada. La muchacha se acercaba lentamente balanceándose con gracia. El sólo se fijó en sus rasgados ojos y en sus púberes caderas.

—Aquí está el agua, patrón.

Sus palabras tenían una extraña vibración, tal como si fuera su susurro que cualquiera hembra del bosque húmedo estuviera emitiendo. El se sintió un poco paternal y miró sus hombros sin intención, rozándole ligeramente el tenue vello de sus brazos.

Tomó medio vaso de ron.

Afuera, en la montaña los insectos se amaban. La lluvia había cesado. Los gérmenes estaban brotando bajo los terrones. Se sentía un pesado perfume de noche húmeda que contagiaba a las bestias. No volvió a pensar en otra cosa: El y toda ley de la naturaleza; aquella eternidad de transformaciones fuera de toda moral, puesto que no es ni bueno ni malo; la vida, la muerte, la agonía, el acto simbólico eran una misma cosa.

Por eso llamó nuevamente.

—Rebeca...

—Voy señor.

Ella apareció bajo la puerta con la suave gracia de su perfumada pubertad. Era un lindo producto del mestizaje. Alguno de sus abuelos, quizás, soltó las negras trenzas de alguna abuela de ella y le acarició la barbilla un poco más obscura sin que se le notara el rubor. El se la quedó viendo y se fijó en la suave ondulación de su cabello y en el color dorado de la piel a la luz de la lámpara.

—¡Rebeca!—tornó a decir con queda súplica.

—¿Qué dice el patrón?

